

José Luis Tejeda, *La transición y el pantano. Poder, política y elecciones en el México actual, 1997-2003*, México, Plaza y Valdés, 2004, 686 pp.

El fantasma de la incertidumbre, con los miedos y titubeos que lo acompañan, recorre México. El libro de Tejeda se inserta en este espíritu. Es reflejo de un momento de reacomodos políticos en el que hay objetivos claros, mundos deseables, pero con el escollo de la falta de opciones que acorten el camino hacia lo que se quiere llegar con insólita premura histórica: la democracia liberal en la política y los estándares mínimos de bienestar en lo económico.

La argumentación del libro parte de un supuesto que permite ubicar el presente en un proceso histórico dinámico: la transición a la democracia no concluyó con la alternancia el 2 de julio del año 2000. La democracia no es plena aún pero puede llegar a serlo si identificamos las debilidades y fortalezas de los actores involucrados en la arena política, y llevamos a buen término las labores de consolidación democrática que ahora se traslapan con la persistencia de muchos vicios del régimen priista.

De ahí deriva su segundo supuesto: aunque sean necesarios y cumplan con un papel definido, ningún actor político garantiza la concreción del ideal democrático. El PAN tiene la virtud del escapista que pese a la solidez de la cadena autoritaria pudo zafar al país de lo que parecía eterno. Sin embargo, el escape provocó que México fuese gobernado por una élite empresarial cuya preocupación por la justicia social es insuficiente ante los graves problemas de polarización económica, y cuya proclividad a establecer alianzas con el pasado autoritario es marcada. El PRI está anclado en el autoritarismo, su naturaleza se finca en la resistencia al cambio y su hipotética llegada al poder representaría un retroceso, pero, a la vez, sirve como barrera de contención a la derecha empresarial panista. El PRD representa el México de los movimientos sociales, del radicalismo que decide jugar a la institucionalidad, pero su falta de presencia nacional y su tendencia al populismo y la política clientelar le quita la fuerza necesaria para contener a las derechas autoritarias o no. Al desarrollar este punto, dice Tejeda que “mientras no se forme un movimiento político de centro-izquierda lo bastante sólido para contener a la derecha y lo suficientemente inteligente para darle un giro a la agenda nacional, el PRI va a ser el valladar más sólido para detener las políticas del conservadurismo más rancio” (p. 30).

La cita anterior devela un tercer supuesto —a diferencia de los dos anteriores centrados en el diagnóstico del presente y pasado inmediato— normativo: para consolidar la democracia tenemos que regresar a su esencia, al ciudadano cuya vocación por la vida pública, conciencia social y movilización terminarán por afianzar el nuevo régimen.

Aunque el autor proviene del mundo académico, el libro no cumple a cabalidad con los cánones de los estudios con presunciones científicas. Se trata de un texto de crítica política, así se declara desde la introducción y se cumple hasta el final. Los planteamientos se desenvuelven en orden cronológico. Parten de 1994 y terminan con la primera mitad del sexenio de Vicente Fox Quezada. El autor mantiene en su redacción la tensión entre el estilo del politólogo y el del opinante, del cronista puntilloso y del teórico que analiza despreocupado por el detalle. Al final triunfa el cronista crítico que registra con sus palabras el sentir del día a día mediante la lectura e interpretación de los hechos durante un periodo determinado.

Esto me lleva a comentar sus fuentes, principalmente periodísticas. Tejeda parte de la recuperación de los hechos en la prensa y los critica y comenta. También usa libros de opinión de algunos actores políticos importantes del periodo tratado. Además, recupera algunas fuentes académicas pero sólo para apuntalar sus juicios y opiniones. Es necesario reconocer, empero, que rara vez en estas páginas se pierde de vista la precisión conceptual y de vez en cuando se abren o cierran apartados con disertaciones sofisticadas y reflexiones en que se trata de analizar la realidad con marcos teóricos de la ciencia política.

El libro se divide en seis capítulos. El primero se inicia con un planteamiento general sobre los obstáculos y riesgos para la transición mexicana a la democracia partiendo de las ideas de Schmitter y O'Donnell. Continúa con una sección en que se analiza la sucesión presidencial de 1994. Ahí se puntualiza la excepcionalidad en la elección de candidato del PRI, que llevó consigo una ruptura definitiva dentro de la élite en el gobierno debida, por un lado, a la inestabilidad política circunstancial derivada de los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, y el surgimiento del EZLN como movimiento al margen de la institucionalidad y, sobre todo, situado a la izquierda del mismo PRD, y, por el otro lado, al proceso de descomposición que se inició con la llegada de los tecnócratas al poder, por lo menos, 12 años antes.

Luego, analiza los efectos del avance de las oposiciones en 1997 con la pérdida de la mayoría absoluta del PRI en el Congreso y el triunfo del PRD en las elecciones de jefe de gobierno del Distrito Federal. Este avance, se nos dice después, se ve truncado por la continuidad de la esencia del régimen priista en gran parte de los aspectos de la vida política de México. Los poderes fácticos seguían siendo administrados por la maquinaria partidista del PRI. Era obvio entonces que el siguiente paso, necesario pero jamás suficiente, para el arribo de un régimen democrático era la separación del partido de Estado del poder federal. Al final del capítulo, un brevísimos recuento de la formación de los tres partidos políticos principales sirve para

recuperar la idea de la creación de alianzas entre partidos y movimientos políticos institucionales o no. El autor lo llama “la triangulación imperfecta”. Recupera ejemplos como la alianza de las oposiciones al PRI (luego abandonada por el PAN) para denunciar el fraude de 1988, los intentos de alianza del PRD con movimientos izquierdistas radicales y del PAN con el PRI en diversas negociaciones legislativas y “concertaciones” políticas durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Su argumento es que en la actualidad hay un renacimiento de estas triangulaciones en la lucha por ubicarse en el centro del espectro ideológico rumbo al 2006.

“Lo difícil está –concluye el capítulo– en que ya terminaron los atavismos ideológicos que impedían la convergencia de las derechas y las izquierdas y, peor aún, el PAN y el foxismo no parecen estar muy interesados en gobernar con un programa abierto de la derecha histórica. Decididos a ganar el centro, todas las fuerzas políticas por igual tratan de aparecer como la fuerza que da equilibrio a la República” (p. 79).

El capítulo segundo efectúa la disección de los actores involucrados en la elección de 2006. Inicia con el PRI. Critica la falsa imagen de democracia que el priismo quiso mostrar con el llamado a elecciones primarias para designar a su candidato. No perdona a ninguno de los cuatro aspirantes. Francisco Labastida, Manuel Bartlett, Humberto Roque Villanueva y Roberto Madrazo tenían su origen en los métodos de control político del sistema autoritario y eso es algo que la opinión pública no podía pasar por alto.

Además, dice el autor, la historia importa. El PRI tenía ya un modo de dominación no sólo metaconstitucional, como diría Jorge Carpizo, sino en muchos aspectos fuera de la ley e incluso anticonstitucional. Estos usos para Tejeda habían sentado sus reales no sólo dentro de este partido sino en el país. Dicho en pocas palabras, las formas de dominación del PRI no se han agotado en el PRI, se extienden a todos los actores del espectro ideológico mexicano cuya socialización política se ha realizado bajo su égida.

La corrupción, la impunidad y, como última instancia, la represión violenta e ilegítima han sido los instrumentos de ejercicio del poder que los priistas han dejado como herencia a la cultura política mexicana. Esto provoca que los intento de democratización hacia adentro del partido de Estado a última hora, en un momento de descomposición interna, sean poco creíbles ante los electores, dada su incapacidad de conducirse democráticamente hacia afuera durante las décadas que estuvo en el poder.

Tejeda parte de esto para explicar el derrumbe del PRI en las urnas. Adereza su argumento mediante el análisis del papel del presidente en turno, Ernesto Zedillo, que con su política de “sana distancia” lo dejó a la deriva de los revanchismos entre facciones internas. Ernesto Zedillo dejó sin liderazgo al PRI en el momento en que se necesitaba uno más fuerte pa-

ra que, ante las fracturas que se evidenciaron en 1994, no se disgregara. Pero Zedillo no sólo no ejerció su papel histórico del líder de lo que Daniel Cosío Villegas consideró la tenaza definitoria del sistema político mexicano del siglo XX, el poder ejecutivo y el partido, sino que dejó al gobierno en bancarrota con deudas inmensas cuya máxima expresión, para la opinión pública, es el Fobaproa.

El PRI perdió, y Zedillo salvó su figura insertándose en la historia como el presidente que entregó de manera pacífica el poder como aportación fundamental a la democratización del país. En el análisis de Tejeda, el PRI después de ese golpe no tiene razón de ser. Se ha mantenido unido porque quiere el poder en 2006, pero si no lo logra correrá el peligro de desintegrarse. Si lo logra, en cambio, será un golpe mortal para la consolidación de la democracia en México.

El capítulo tercero se titula "el caudillismo democrático". El título se refiere de manera directa a Cuauhtémoc Cárdenas, y a la contradicción intrínseca entre el personalismo y la democracia. Tejeda erige la figura de Cárdenas al lado de caudillos opositores en la historia mexicana del siglo XX como Vasconcelos, Almazán, Padilla y Henríquez Guzmán. Retoma el papel fundamental de Cárdenas para reunir alrededor de su figura movimientos políticos y sociales que se habían mantenido dispersos hasta entonces. Reconoce con justicia su contribución a la formación de una escisión del PRI que tuviera la flexibilidad necesaria para acoger a otros grupos tanto a su izquierda como a su derecha. Ve en Cárdenas la recuperación del mito atrás del apellido que permitió fortalecer el empuje histórico hacia la resistencia frente al autoritarismo.

Sin embargo, puntualiza que el proyecto cardenista por su misma naturaleza no logró constituir una estructura institucional lo suficientemente fuerte como para sobrevivir y cumplir con sus objetivos en ausencia del caudillo. Ve en esta falta de institucionalidad la dificultad del PRD para crear una identidad propia, lo que se somatiza en su proclividad a adoptar y defender elementos retrógradas (léase antidemocráticos o no democráticos) de regímenes admirados por la izquierda histórica como el cubano y, más recientemente, el chavista.

Para Tejeda, el PRD llegó a las elecciones de 2000 cuando Cárdenas como líder moral, símbolo de unidad, había agotado su ciclo en la esfera de la lucha política. Con su triunfo en el gobierno del Distrito Federal, Cárdenas pasó del terreno de la resistencia a ser un personaje más de la lucha por el poder.

Un problema más del perredismo es que ha tomado las luchas sociales legítimas como un *modus vivendi*, por lo que cae en la desilusión cuando se vuelve gobierno y tiene que trabajar con las herramientas necesarias para

ser gobierno. Esto ha provocado que, desde 1997, la figura de Cárdenas haya caído en el ostracismo y los líderes emergentes de las gubernaturas que ha ganado el PRD hayan tomado ahora distancia de su líder.

En el capítulo cuatro, Tejeda analiza el ascenso del modelo empresarial como opción política en México. Vicente Fox es la concreción última del arribo al poder del proyecto de los empresarios, el capital y sus empleados. Esto es producto, según el autor, de la ruptura del mito de separación y distanciamiento del poder económico en el discurso del nacionalismo revolucionario. Este mito, entre otros muchos que fincaban la mentalidad del régimen autoritario, fue rompiéndose poco a poco hasta llegar a su destrucción final con el ascenso del modelo neoliberal y la tecnocracia al gobierno durante los sexenios posteriores a Miguel de la Madrid. El acercamiento del poder político y el económico fue rompiendo también el control del PRI y el gobierno sobre las organizaciones sociales, lo que dejó espacio para la toma del poder por parte del mesianismo empresarial.

Tejeda hace un recuento de las estrategias puntuales de Fox para ganar las elecciones de 2000. Hace un revisión de su discurso, su manejo de medios, la estrategia de capitalización del antipriismo mediante el voto útil y diferenciado que sobrepasa al propio panismo, su campaña de destrucción del mito cardenista mediante la erección de la libre empresa, la universidad privada, etc., como entes superiores a los de la esfera pública.

El autor pasa entonces a criticar las caracterizaciones simplistas que, desde las oposiciones, se han hecho del foxismo, tildándolo de gobierno reaccionario, de revolución conservadora y hasta de fascista. Para Tejeda, la mejor crítica que puede hacerse al foxismo nace de la contradicción interna que representa. Por un lado, el foxismo nace de la maduración de la derecha empresarial y católica que termina por confluír y apropiarse de un proceso totalmente diferente, la transición a la democracia. Es precisamente el empalme entre la agenda histórica del panismo y la de la democratización lo que no ha permitido el avance consistente de ninguna de las dos.

Esta contradicción interna entre dos procesos diferentes, aunque no siempre irreconciliables, ha tenido múltiples expresiones que son retomadas por Tejeda en el análisis. Van desde la polémica del catolicismo por la proyección de la película *El crimen del padre Amaro* hasta el fracaso de las contraproducentes reformas estructurales, la canalización de recursos de asistencia social mediante la fundación privada de la esposa del presidente o la aprobación de una ley indígena inacabada.

El papel de los empresarios en los primeros tres años del gobierno de Fox ha sido fundamental y se ha evidenciado en las discusiones públicas sobre escándalos de corrupción como el "pemexgate", "los amigos de Fox" o la truncada apertura de los expedientes del Fobaproa. La presencia de

este grupo de presión, empero, ha sido un obstáculo en muchos momentos del gobierno de Fox ya que no permite templar las contradicciones en que se finca su gobierno. Si a esto se agrega la falta de hombres de ideas en su gabinete después de la salida de Castañeda y Muñoz Ledo, la presidencia de Fox termina estando muy acotada por motivos que van más allá de tener que enfrentar a un Congreso dividido.

El capítulo quinto, "Los territorios de la transición", parte de la idea de que el régimen político que durante el siglo XX dio una imagen de unidad al país ha sido roto y ahora nos enfrentamos a un mosaico político-electoral de donde debe estructurarse el poder. En primera instancia plantea que no se debe descartar la idea de una cuarta fuerza dentro del sistema de partidos. Esta posibilidad se hace patente en todas las elecciones en que los partidos pequeños como el PT o Convergencia se fortalecen atrayendo el voto residual que, ante la falta de otras opciones, los ciudadanos depositan en formaciones diferentes de las tres principales. Otra opción puede ser la concreción de más alianzas políticas como las que ha habido en torno a temas puntuales o en elecciones locales entre los tres principales partidos.

Tejeda plantea que, en estos territorios de la transición, los intelectuales deben tener un papel activo y, sobre todo, de toma de partido ante los procesos políticos. Dada la diversidad de opciones electorales, las lealtades del intelectual deben ceñirse a los límites que, según su conciencia, impongan el avance de la democracia y la justicia. Sin embargo, también plantea que ante actitudes del foxismo que transgreden el logro de un régimen laico debe formarse un frente común dentro de la intelectualidad mexicana.

Al margen de todo lo anterior, como buen institucionalista, Tejeda tiene cuidado en señalar al final de su capítulo que el radicalismo del CGH, el EZLN y la violencia política no son opciones para avanzar en los territorios de la democracia. El último capítulo trata de hacer una evaluación preliminar los primeros tres años del gobierno de Fox. El autor hace el corte en las elecciones intermedias de 2003. Así como Zedillo durante su gobierno habló de "normalidad democrática", Fox ha empezado a hablar de "democracia efectiva", es decir, la consolidación de una democracia útil, lo que, a su forma de entender el mundo, es una democracia que sirva a los intereses de los grandes consorcios. En el ámbito político, se empiezan a perfilar los reacomodos que configuran el 2006: el PAN ha perdido terreno en las preferencias electorales, el PRD parece estar saliendo del ostracismo y el marasmo con López Obrador a la cabeza y el PRI muestra claros signos de una recuperación que será decisiva en las elecciones siguientes.

FROYLÁN ENCISO